

Muros

En la última obra publicada por el filósofo y sociólogo Zygmunt Bauman antes de su muerte, *Extraños llamando a la puerta*, el autor contempla la crisis de los refugiados y advierte que un problema que antes se consideraba un asunto de ayuda humanitaria se ha convertido en una cuestión de seguridad en manos de la policía y de los militares.

El problema es grave. Según el informe de ACNUR del año 2017, ese año se vieron desplazadas 44.400 personas cada día. Muchas de estas personas se encuentran con muros o alambradas cuando finalmente alcanzan su destino final y algunas de ellas han vuelto a sus países de origen. El problema es que el retorno no es “voluntario”; después de todo hablamos de personas que han invertido su dinero y han arriesgado sus vidas para abandonar un país en el que, presumiblemente, a su vuelta, la situación no habrá cambiado mucho.

El miedo al migrante

Las migraciones no son algo nuevo. La historia registra muchas crisis económicas y multitud de guerras que han desplazado a millones de personas, pero la globalización ha dado al problema unas dimensiones nunca vistas, y los medios de comunicación llevan las imágenes de las epopeyas de estos nuevos parias a nuestros salones a la hora de cenar. Estas personas llegan a Occidente y nos interpelan desde el desamparo; el problema es que su necesidad

y su miedo ya no nos impresionan. Las imágenes de niños desnutridos, heridos o abandonados van perdiendo fuerza gracias a la repetición constante de “escenas y personajes” muy similares. Nos hemos “acostumbrado” a ver pateras, campamentos en medio de la nieve y la lluvia o niños enfermos llorando: se ha agotado nuestra compasión.

La politización añade otra dimensión al problema. Los solicitantes de refugio o los inmigrantes económicos se nos presentan como “extraños” en todos los aspectos y como moralmente sospechosos. Añadimos a su desesperación vital etiquetas defensivas (*delincuentes, fanáticos, vagos*, etcétera) para legitimar nuestros comportamientos y actitudes. De ahí que su presencia nos “incomode” y queramos pensar que, en el fondo, no son responsabilidad nuestra.

A esto hay que añadir el discurso de diversos grupos y partidos políticos que se caracterizan, desde retóricas populistas, por su total rechazo a acogerlos y su resolución de no prestarles ayuda. Se agitan fantasmas para hacernos creer que estos extraños van a destruir nuestros valores más preciados y acabarán mutilando o erradicando nuestro estilo de vida. Otros partidos se niegan a aceptar este discurso del miedo, adoptan una retórica solidaria y hablan de sus derechos y de nuestros valores; pero impiden igualmente la entrada de los migrantes y refugiados a sus países y ni siquiera ofrecen al ciudadano una justificación, que, claro está, no es fácil de formular. El miedo es aprovechado por políticos sin escrúpulos para obtener votos prometiendo la exclusión de los migrantes, y la palabrería sobre derechos y valores también da buenos réditos en las urnas prometiendo una solución solidaria al problema que luego nunca llega. En ambos casos se mantiene a los migrantes al otro lado de los muros. Ahora bien, el hecho de que se les prohíba la entrada a ciertas regiones no parece que vaya a acabar con la llegada de nuevos desplazados; después de todo, no salen de sus países por gusto, sino movidos por la necesidad, el miedo o la violencia.

De la ayuda humanitaria a la seguridad nacional

En el pasado, la migración que acogíamos en Europa casi siempre había sido por causas económicas, que desplazaban a personas de un país a otros más boyantes, que incluso podían utilizar, en beneficio propio, una mano de obra más especializada o más barata. Sin embargo, a estos migrantes se han sumado hoy quienes huyen de largas guerras, de países destruidos por la violencia, donde la supervivencia es muy difícil y no hay trabajo ni futuro. Además, según se desprende de diferentes informes de instituciones internacionales, la brecha entre los países más pobres y los más ricos del mundo, medida en términos de desigualdad absoluta, no hace más que aumentar. Estos datos han hecho prever a los posibles países de acogida que el número de los migrantes que llama a sus puertas no tenderá a disminuir en años venideros, sino todo lo contrario.

De manera que se ha pasado a una política de "securitización", en la que la cuestión se presenta como una amenaza existencial para los pueblos de acogida que tienen, a su vez, un legítimo derecho a la supervivencia. Para hacer frente a la amenaza se implementan medidas de emergencia y acciones excepcionales, provocando la sensación de que hay "un enemigo a las puertas". Cuando ese discurso va acompañado de atentados terroristas o de cualquier otro tipo de conflicto, sentimos que la militarización del problema está más que justificada, sin discriminar entre las personas que atacan y los niños retenidos en campamentos en nuestras fronteras.

Cuando el primer ministro de Hungría, Viktor Orbán, afirmó: "Todos los terroristas son migrantes", ahondaba en un discurso del miedo que permite no tener que justificar medida alguna. Aunque no se afirme que todos los migrantes son terroristas, este tipo de discursos sugieren un nexo entre los refugiados o migrantes y la violencia que las poblaciones absorben de forma consciente o inconsciente. Sugiriendo que todas las personas que se ven forzadas a marcharse de su tierra son presuntos terroristas o delincuentes, se inhibe nuestra compasión y llegamos a pensar que la convivencia es imposible, hasta el punto de que hemos procedido a levan-

tar muros y a colocar alambre de espino para evitar el contacto con los refugiados de las crisis humanitarias. Los muros existen para frenar el avance de quienes no queremos que entren, pero también apartan de nuestra vista a los ancianos y niños que esperan ante las alambradas.

Barreras visibles e invisibles

Los muros no son meros símbolos; son algo muy real que altera profundamente la vida de la gente a uno y otro lado de ellos. Cuando cayó el Muro de Berlín en 1989, el presidente alemán, Horst Koehler, habló de la sustitución del miedo por la alegría, y dijo confiar en la posibilidad de una “gobernanza global cooperativa capaz de beneficiar a todo el mundo”. Sin embargo, desde entonces la construcción de nuevos muros se ha incrementado exponencialmente: de los diez que había en 1989 hemos pasado a más de setenta. Desde el año 2000 se han construido más de 10.000 kilómetros de alambradas de espino, según el informe de la Caritas italiana *All’ombra del muro*, con inversiones millonarias. Hay muros para todos los gustos, de hormigón, metálicos, en forma de barreras de alambre de espino e incluso virtuales, como los trazados en alta mar.

Están repartidos por el mundo entero: existen en los cinco continentes. Algunos de los más conocidos son los trazados entre Estados Unidos y México, Corea del Norte y del Sur, Ucrania y Rusia, Irlanda del Norte y la República de Irlanda, Chipre, Ceuta y Melilla, Cisjordania e Israel, Gaza y Egipto, China y Corea del Norte, Pakistán y Afganistán, la India y Pakistán, las fronteras exteriores de la Unión Europea y un largo etcétera. Se erigen muros como medida antiterrorista, para frenar conflictos territoriales o bloquear el paso a mercancías y personas. En otras palabras, como señaló a la prensa en febrero de este año la especialista en el tema Elisabeth Vallet, de la Universidad de Quebec: “un tercio de todos los muros se erigen para mantener fuera al vecino”.

En algunas ciudades centroamericanas y sudamericanas como Lima, Río de Janeiro o Ciudad de México existen muros que separan barrios ricos de barrios pobres. En otros lugares los problemas son político-religiosos, como en Irlanda del Norte o India/Pakistán. Queda al menos un famoso muro de carácter "ideológico": el que se extiende entre Corea del Norte y Corea del Sur. En algunos hay poco movimiento, parecen ya casi testimoniales; en otros hay muertos y heridos, como en el caso del muro de Cisjordana, en el que el famoso grafitero Banksy pintó una ventana abierta al exterior. Todos están bajo vigilancia, la mayoría militar; y en algunos se han colocado minas, por ejemplo, en el muro que separa al Sáhara Occidental de Marruecos.

En lo que a nosotros respecta vivimos en la denominada "fortaleza europea", cuyas fronteras son vigiladas por los gobiernos nacionales en colaboración con Frontex, la agencia para el control de fronteras de la Unión Europea. Es decir, lo que antes solucionábamos por medio de la diplomacia y de los programas de cooperación al desarrollo, hoy queremos arreglarlo patrullando los mares, obstaculizando la acción de las ONGs que trabajan en la zona y llegando a acuerdos con países como Marruecos, Turquía o Libia: externalizamos nuestras fronteras más allá de nuestros límites soberanos para desalentar la inmigración hacia Europa, creando, de paso, auténticos "muros virtuales" en el Mediterráneo.

El futuro

Desgraciadamente es fácil propagar el miedo en sociedades en las que la crisis económica ha precarizado el mercado laboral, generando graves problemas sociales, y a las que los atentados terroristas han hecho ver que no son invulnerables. Si a ello añadimos el discurso de la imposibilidad de la convivencia, damos fuste al nacionalismo y a la etnicidad que, como afirmaba el historiador británico Eric Hobsbawm, son un sustituto de los factores de integración en una sociedad que se desintegra.

Michel Agier, antropólogo y director de investigación del Instituto de Investigación por el Desarrollo de París, advierte que esta política migratoria va camino de crear dos mundos: uno limpio, sano y a la vista; y otro lleno de residuos, enfermos e invisible. Según Don Flynn, director de la ONG británica Migrant's Rights Network, en el futuro podemos abordar la migración como una suerte de guerra de guerrillas, o buscar una mejor gestión desde la perspectiva de los derechos.

Probablemente haya llegado el momento de reflexionar sobre las políticas que nos llevan a parapetarnos en fortalezas. En todo caso, puede que debamos exigir que los gobiernos abran un debate, que incluya a la sociedad civil, sobre el modelo de seguridad que queremos, y que dejen de tratar el asunto exclusivamente con instrumentos policiales y militares. Debemos estudiar las causas estructurales que provocan la huida de millones de personas de sus hogares para aplicar políticas de prevención e inversión en los países de origen de los solicitantes de refugio y asilo, así como de las personas migrantes.

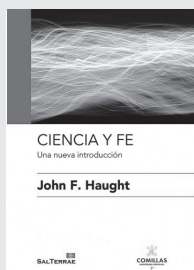
El debate sobre la seguridad tiene otra vertiente posible: la de los programas humanitarios y los derechos. El uso de agencias militarizadas como Frontex, y el recurso a muros y vallas podría reducirse tras la creación de una agencia europea no militarizada, centrada en el rescate de personas y capaz de proporcionar ayuda humanitaria a los solicitantes de refugio. Según un conocido proverbio inglés, las normas de buena vecindad se respetan gracias a la existencia de vallas entre vecinos. Evidentemente es un punto de vista, pero no parece que estar condenados a vivir rodeados de muros sea una perspectiva de futuro muy halagüeña.

Tras su viaje a Marruecos en marzo de este año, el Papa Francisco señaló a los periodistas: "Necesitamos puentes y sentimos dolor cuando vemos a personas que prefieren construir muros. ¿Por qué sentimos dolor? Porque los que construyen los muros terminarán encarcelados en los muros que han construido". El Santo Padre recordó que el problema de los migrantes y de los refugiados no es solo

un problema de números. Insistió en el carácter humano, señalando que son personas que huyen, que buscan mejores condiciones de vida. Preguntado sobre la migración en Europa, el Papa respondió que Europa no solo tiene que cerrar puertas. “No hay que impedir la emigración por la fuerza, sino con generosidad, inversión educativa, económica, etcétera., esto es muy importante [...] cierto que un país no puede recibir a todo el mundo, pero está toda Europa para distribuir a los inmigrantes, está toda Europa. Porque la recepción debe ser de corazón abierto, para luego acompañar, promover e integrar”. ■

Colecciones coeditadas

Títulos destacados



CIENCIA Y CREACIÓN
La investigación científica
de la naturaleza y la visión
cristiana de la realidad

Nº 13
2018

Colección **CIENCIA Y RELIGIÓN**

La Colección Ciencia y Religión coeditada por la editorial Sal Terrae y el Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas tiene como objetivo publicar textos de autores, tanto de habla hispana, como traducciones de autores extranjeros, que quieren escribir acerca de la imagen científica del Universo y de sus dimensiones filosóficas y teológicas.

Son textos de carácter científico, pero con gran afán divulgativo, dirigidos a un público con alguna formación científica y religiosa, estudiantes universitarios o postgraduados, que ofrecen reflexiones serias sobre el misterio del universo de la vida y del hombre, desde perspectivas científicas actuales y sus implicaciones filosóficas y religiosas, además de analizar las cosmovisiones culturales desde la complejidad de la interculturalidad y desde la incidencia de la ciencia y la religión en las culturas.



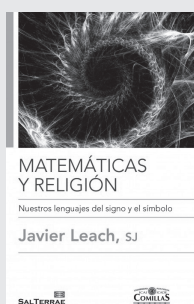
**EXPLORAR EL UNIVERSO,
ÚLTIMA DE LAS PERIFERIAS**
Los desafíos de la ciencia a la
teología

Nº 7
2016



**PENSAR DESPUÉS DE
DARWIN**
Ciencia, filosofía y teología en
diálogo

Nº 4
2014



MATEMÁTICAS Y RELIGIÓN
Nuestros lenguajes del signo y
del símbolo

Nº 1
2011



SERVICIO DE PUBLICACIONES
edit@comillas.edu
<https://tienda.comillas.edu>
Tel.: 917 343 950